



LA HISTORIA DE LA MUJER CON LA HEMORRAGIA MARCOS 5 LUCAS 8

Antes de leer esta historia, lee el pasaje bíblico. Ten en cuenta que se trata de una narración y que se han tomado libertades para captar nuestra imaginación y ayudarnos a entender el contexto de la historia y el poder del Evangelio.

Estaba sentada sola y aislada en la polvorienta calle en medio de la creciente multitud cuando me enteré de la noticia. Escuchando lo que decía la gente que pasaba, pude deducir que el hombre que sana a la gente estaba pasando por esta misma ciudad y que se encontraba a pocos metros de mí. No sabía mucho sobre Él. En realidad, todo lo que sabía eran los rumores que oía en la calle de la gente que pasaba por delante de mí sin mirar. Rumores de milagros, sanaciones y enseñanzas pronunciadas con gran autoridad. Pero sólo eran eso: rumores. Algunos especulaban sobre la verdad de todo ello, burlándose y diciendo que lo creerían cuando lo vieran. Otros, según oí, afirmaban con confianza que conocían a alguien que había sido sanado por sus propias manos. Pero, creyeran o no los rumores, todos querían verlo por sí mismos. Por eso, cuando oí el bullicio que se acercaba, supe que tenía que ir hacia Él.

Mientras me abría paso entre la multitud, mis pensamientos se remontaron a los últimos 12 años de mi vida y a la enfermedad que me ha llevado a tanta vergüenza. Verás, durante 12 años he estado sangrando y durante 12 años mi condición me ha costado mucho más que mi mala salud. Debido a nuestra antigua ley levítica, una mujer es considerada impura durante el tiempo de su período menstrual. Esto puede provocar el aislamiento de la familia, porque todo lo que toca también se considera impuro, y la separación de la comunidad, porque su impureza no le permite participar en ningún aspecto de la iglesia. He pasado buena parte de mi vida siendo considerada ceremonialmente impura, lo que me ha obligado a estar aislada, separada de mi familia y de mi comunidad, sin posibilidad de acercarme a Dios en adoración. De donde vengo, a quién perteneces lo es todo. Así que no sólo mi impureza me hizo sentir una gran vergüenza, sino que ahora, habiendo sido condenada al ostracismo por mi propia familia, esta vergüenza se ha colocado sobre mí como una etiqueta, como una calificación pública negativa. Y lo siento todos los días cuando me siento sola en la calle más transitada. No sólo he perdido mi dignidad, sino también mi identidad. Durante estos 12 años me he gastado todo lo que he ganado

en médicos que han intentado arreglar mi enfermedad, pero nada parecía funcionar. De hecho, siguió empeorando y me dejó en la más absoluta pobreza. Soy despreciada y considerada indigna de cualquier tipo de relación.

Ahora aquí estaba caminando entre la creciente multitud, este hombre, Jesús, del que tanto había oído hablar. Rodeado de tantos, pero sin ser visto por nadie, me di cuenta de repente de que era mi última oportunidad, mi última esperanza de volver a estar limpia. Así que le seguí, abriéndome paso entre la multitud. Yo, por supuesto, era consciente de las posibles consecuencias de acercarme a un hombre así en mi estado, pero ¿qué tenía que perder? Absolutamente nada. Y había algo en mi interior que me decía que los rumores eran ciertos, que este hombre era tan poderoso que sólo tenía que tocar su túnica y podría sanarme. A medida que avanzaba podía sentir las miradas de los que me rodeaban, pero no dejaba de mirarlo, concentrándome en cada paso, uno por uno, que me acercaba más y más a la sanación. Finalmente, estaba justo delante de mí, y la distancia que nos separaba se cerraba rápidamente. Un parpadeo de miedo me recorrió, pero rápidamente lo rechacé. Tenía que hacerlo. No tenía otra opción. Respirando profundamente, estiré la mano y toqué los flecos de su túnica y en un instante, sentí que algo dentro de mí cambiaba. Inmediatamente me quedé congelada en el lugar mientras la verdad se imponía. Estaba sana. Podía sentirlo en mi interior, mi enfermedad ya no existía.

Todavía aturdida, luché por comprender lo que acababa de ocurrir cuando oí al hombre preguntar a la multitud “¿Quién tocó mi túnica? El pánico se apoderó de mi mente mientras pensaba en qué hacer a continuación. ¿Debo correr? Acababa de tocar intencionadamente a un hombre muy poderoso en mi estado, seguramente era un delito. ¿Debería desaparecer lentamente entre la multitud? Me había vuelto bastante buena para ser invisible y ¿no le habían tocado también muchas otras personas en la multitud? A través de mis pensamientos acelerados y del ruido de la multitud, oí de repente al hombre decir: “Alguien me tocó a propósito, porque yo sentí que salió poder sanador de mí.” Y fue justo entonces cuando supe que no podía permanecer oculta. Había sido sanada. Había experimentado algo milagroso, algo por lo que había orado a Dios durante 12 años y que finalmente

había respondido. Mi miedo ya no provenía de un lugar de culpa o vergüenza, sino que se reorientó en un gran asombro ante la verdad de quién era este hombre. Con todo mi cuerpo temblando, respiré profundamente y caminé hacia Él. Al acercarme a Él, caí inmediatamente de rodillas y con voz temblorosa comencé a contar mi historia de sufrimiento. 12 años de hemorragia. 12 años de aislamiento y pobreza. 12 años de vergüenza y de sentirme indigna de la conexión humana. 12 años de separación de Dios. Sabía que la gente de la multitud estaba escuchando cada palabra que decía, pero ya no importaba. Estaba sana y me arrodillaba ante este hombre que me miraba fijamente, con ojos llenos de comprensión y aceptación.

Y entonces pronunció una palabra que no había escuchado desde que comenzó mi enfermedad. Me llamó “hija”. Hija. Este hombre poderoso de ojos amables que acababa de escuchar lo increíblemente rota y sola que estaba me llamó “hija”. No parecía importarle que hubiera estado impura du-

rante 12 años o que fuera una vergüenza para mi familia. No parecía importarle que hubiera estado viviendo en la pobreza, ignorada por cualquiera que se cruzara en mi camino. De hecho, por primera vez en 12 años, supe que me veían.

“Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz”. Fue entonces cuando comprendí. Me acerqué a Jesús con la esperanza de que sanara mi sufrimiento físico, pero recibí mucho más. Aquí, en medio del camino polvoriento, frente a docenas y docenas de ojos de desaprobación, me llamó su hija. Con una sola palabra sanó mi vergüenza emocional y espiritual que venía de años de rechazo, aislamiento y de que me dijeran que no era lo suficientemente buena para adorar a mi creador. Con una palabra me comunicó que conocía lo más profundo de mi dolor. Con una palabra restauró mi honor al devolverme mi identidad. Y fue esta verdad la que me permitió alejarme en paz y confianza, porque no importaba cuántos años de quebranto y vergüenza había soportado, ahora sabía que pertenecía a aquel que me dio libertad de todo.